

capié en su carácter de científico brasileño. Como científico social, como antropólogo brasileño ubica su disciplina en un “*locus* y una coyuntura difícil” pero llama la atención sobre el uso acrítico de los conceptos, de las ficciones, sobre la exageración de las metáforas y las extrapolaciones. Si algo le preocupa es el facilismo de la palabra, la fascinación por los juegos, la labilidad de los conceptos y sobre todo las extrapolaciones apresuradas.

Metodológicamente es coherente con este planteo: los conceptos que usa son objeto de una arqueología, explícita en algunos casos como el de “colonialismo” e “imperialismo”, sólo sugerida en otros. En sus páginas encontramos frecuentemente la expresión “si tuviéramos que hacer la arqueología...” para introducir una referencia al concepto que se utiliza. Por otro lado realiza investigaciones de campo que le permiten sostener sus argumentos con las pruebas del “método científico”. Lins Ribeiro se enorgullece de este modo de trabajo y, en ocasiones, puede percibirse un dejo de ironía hacia los debates “culturales” como cuando afirma que con sus desarrollos “espera estar contribuyendo no sólo a las discusiones vinculadas a la teoría de la identidad en la contemporaneidad, sino también a explorar en una era de globalización exacerbada, lo que hace al Brasil, Brazil” (cap. 7).

Pero el aspecto que estructura todo su discurso es el de la filiación al tronco latino en la realidad transnacional: allí está su matriz productiva y desde allí propone un llamado a todos los intelectuales latinoamericanos para “desarrollar cosmopolíticas postimperialistas” desde lugares no hegemónicos. Lins Ribeiro propone generar nuevas condiciones de conversabilidad en el mundo académico transnacionalizado, dando como ejemplo los diversos foros y asociaciones virtuales a las que pertenece. En este punto su llamado es audaz e interesante: somos nosotros, los latinoamericanos, parece decir, quienes introyectamos el dedo que nos señala haciendo investigaciones sobre nosotros mismos. Su propuesta apunta a desnaturalizar la imagen “seductora” de América y comenzar a mirarlos críticamente. Concretamente propone convertir al Norte en objeto de investigación, cambiando el foco de la mirada.

Es difícil anticipar los resultados de esa propuesta. El mismo Ribeiro esboza ciertas dudas pero suena tentador su programa: “inmediatamente investigaciones críticas sobre las élites del norte, del capitalismo transnacional, sus discursos, agencias y agentes”.

Marta Ledesma

SCOUT MICHAELSEN Y DAVID E. JOHNSON (EDS.)

TEORÍA DE LA FRONTERA. LOS LÍMITES DE LA POLÍTICA CULTURAL. Barcelona: Gedisa 2003, 270 pp. ISBN 84-7432-910-8.

El descubrimiento de la frontera como categoría conceptual proporcionó a las ciencias sociales una llave maestra para abordar la problemática de la cultura superando las visiones folklóricas o etnográficas. No obstante, los estudios hechos en su nombre muchas veces sirvieron para consolidar, sin proponérselo, visiones valorativas de ambos lados de la frontera que estigmatizan uno de los polos de la oposición. Pero, como contrapartida, surgieron también estudios en los que los defensores de la “frontera”, al atenuar las dicotomías, se sintieron fascinados por esos espacios de cruce a tal punto que olvidaron la fuerza del poder, apostando por un híbrido “intercambio cultural”.

En *Teoría de la frontera* se cuestionan ambos polos y se propone una teoría que analice la génesis de las ideas y descubra sus lógicas de conocimiento y sus lógicas de investigación. En este sentido, la obra que comentamos es un metaensayo sobre la frontera, que incluye una reflexión sobre los orígenes, los cruces, los discursos y un análisis de los reflejos de esos cruces y discursos en las lógicas cognitivas y de investigación.

Los trabajos que componen el volumen no son homogéneos, pero todos apuntan en alguna de esas direcciones. La primera, la génesis de las ideas, está planteada desde el inicio en un capítulo introductorio, obra de los editores, en el que se presenta un exhaustivo análisis

crítico de distintas líneas sobre la frontera para discutir su esencialización y proponer una conceptualización sobre su valor como índice cultural y como concepto. Esta introducción opera además como una suerte de bitácora de los que han hecho el primer trayecto, puesta a disposición de aquellos lectores que deseen contextualizar su viaje.

Los modos de conocimiento e investigación se abren desde el mismo planteo crítico de la obra. La “arqueología” da lugar a la hegemonía de dos conceptos: el de construcción y el de escenario de la confrontación de distintas fuerzas no resumibles en dicotomías. A partir de este planteo, la cognición sobre la frontera implica una cierta inaccesibilidad, en la cual reside su potencia. Respecto de la lógica de investigación, cabe remarcar la amplitud del territorio ofrecido como sede de esa lógica: por sobre la localización de estudios acerca de la frontera en el sudeste de Estados Unidos, la obra ofrece un abanico que va desde ese *locus* determinado hasta la indeterminación de los imaginarios disciplinares.

Este ofrecimiento al lector se articula en los distintos ensayos: Russ Castronovo se pregunta por qué a la hegemonía del poder le atraen las fronteras y despliega su respuesta pensando en fronteras del siglo XIX; Alejandro Lugo propone la arqueología del concepto para incluirlo en los escenarios del poder; Benjamín Sáenz parte de la identidad

chicana para criticar las ideas “bucólicas” o peyorativas que subyacen en su consideración; en la misma línea, Michaelsen critica la visión imaginaria de una especie de entequeia “amerindia” demostrando cómo esa identidad se incluye en los discursos impuestos desde la metrópoli; Elaine Chang se esfuerza por quebrar la idea genética de “villano-víctima”, otra de las dicotomías incluidas en un tipo de discurso de la frontera, y apela a las relaciones como modo de concebir el campo; Louis Kaplan incluye a Chaplin en una frontera zigzagueante que atraviesa diversos territorios tanto

reales (Texas-México) como simbólicos (el mundo judío y el mundo gentil por un lado, lo legal e ilegal, lo sagrado y lo profano, por el otro) y David Johnson busca el concepto de frontera en las obras de Octavio Paz y Borges, parangonando los límites con los límites de la biblioteca de Babel. Espacio amplio con fronteras diversas en el que, finalmente, cabe rescatar el breve pero lúcido epílogo de Patricia Seed que pone cada ensayo en la senda de una teoría de la frontera enriquecida con conceptos matemáticos.

Maria Ledesma

ELISEO VERÓN

FRAGMENTOS DE UN TEJIDO. Barcelona: Gedisa, 2004, 233 pp. ISBN 84-7432-873-X

Aproximarse a la lectura de *Fragmentos de un tejido* implica recorrer “en momentos, partes” las preocupaciones y teorizaciones que Eliseo Verón plantea entre las instancias del “transcurrir” y el “discurrir” de la producción social de sentido.

Aun la determinación de cierta cuasi exacta temporalidad (de 1971 y 1994, digo “y” y no “a”), hace que estemos en presencia de una parte de la fecunda productividad de los discursos sociales y permite reconocer y estructurar las tres partes del libro.

Repetir sus designaciones implica dejarse llevar por el autor a ejercitar o a poner en movimiento “un espacio rebozante de actores”, lo que indicaría que abundará en material sobre el que debe-

remos trabajar. La posibilidad de encontrarnos en una puesta teatral permite a este director la sutileza de proveernos de un material intencionalmente trazado para funcionar didácticamente.

Desde “una cierta idea del sentido”, donde los diccionarios permiten saber de qué hablamos o a qué nos referimos, instalándonos en el sentido.

A “la producción de la discursividad lingüística” donde el tema de la ideología es recurrente y despliega aquellas primeras definiciones fuertes, contenidas en un artículo del año 1968 y que fue corregido y aumentado para la publicación *Ciencias Sociales: Ideología y Realidad Nacional*, compilación de textos preparada por Rosalía Cortés y editada por Tiempo Contemporáneo en

1970, “el problema del papel de la ideología en la Ciencia” no debe ser confundido con el papel de los “valores”. Un “sistema de valores” es un sistema de referencias sobre cuya base puede ser generado un sistema ideológico en el nivel de la comunicación social, pero que no se confunde con este. Cuando hablamos de ideología nos referimos, pues, a una estructura de evaluaciones”; más adelante... “el sistema ideológico debe ser definido en un nivel más alto de complejidad, como sistema de reglas para generar mensajes de un cierto tipo. En términos de una analogía extraída del campo de las computadoras electrónicas, una ideología no es el ‘out-put’ de la máquina sino su programa. De esto derivan varias consecuencias teóricas de extrema importancia. En primer lugar el sistema ideológico tiene que ver, no con el producto (los mensajes, los textos o discursos transmitidos en la comunicación social, científica o extracientífica) sino con las condiciones de producción de los mensajes. Segundo, y en consecuencia, lo ideológico no es un ‘tipo’ de mensaje sino un nivel de lectura de los discursos sociales, incluido el discurso científico. Los contenidos ideológicos son, pues, fenómenos de connotación o metacomunicación, es decir derivan de las decisiones aplicadas por el emisor en la construcción de los mensajes”. Pisamos fuerte, entonces, en el terreno de la producción.

Por último, en “enunciación: de la producción al reconocimiento”, entramos en el terreno de los efectos, del reconocimiento.

Todas las partes del texto funcio-

nan como un sistema de encastres: “la pertinencia [ideológica] del código” apunta a la segunda parte en “ideología y comunicación de masas”, y “el espacio de la sospecha” trabaja sobre la superficie discursiva en producción y reconocimiento.

Cada una de estas partes pareciera construir un espacio de reflexión propio que, sin embargo, en forma pedagógica, determina modos, maneras, interrogaciones y estrategias para formular hipótesis, que provocan en el autor intensas reflexiones teóricas ahondando en los acontecimientos que, generalmente, son obviados en estos análisis. Digo parecería para insistir en la afirmación anterior porque en una y otra parte, ahora, en la segunda y la tercera, las preocupaciones se refuerzan, se retoman y se convierten en “espiral” (deseo enunciado por el autor en su presentación), especialmente la fuerte relación entre el punto cuatro de la segunda parte y el ocho de la tercera, pero dejando en la primera parte las consideraciones formales de su teoría: la noción de los efectos de sentido, la particularidad del poder, y la insistencia en recuperar la noción del reconocimiento. Bases ineludibles para todo marco conceptual de la semiótica a partir de los años ochenta.

Me interesaría detenerme en *Posmodernidad y Teorías del lenguaje: el fin de los funcionalismos*. Este texto dio por inaugurado el Seminario Internacional de Formación Docente en la Escuela de Comunicación Social de Rosario y fue publicado originariamente por la UNR Editora. Rosario se convirtió en una es-